

Homilía de II Domingo de Navidad

Año litúrgico 2015 - 2016 - (Ciclo C)

“Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”

Introducción

Hoy celebramos un domingo sencillo, sin ninguna titulación especial. Es simplemente, “el domingo después de”, como si no tuviera su propia identidad. Sin embargo, la tiene. Es para mí el domingo de la contemplación. En el portal de Belén hemos visto muchos rostros y los hemos mirado: los de María, José y el Niño; rostros de ángeles y de pastores y dicen, que también un buey y una mula asistían el acontecimiento, ornado de pobreza y de cantos gozosos de paz.

En este domingo hemos de interpretar el rostro del Niño. Si el rostro es el espejo del alma, ¿qué nos refleja el rostro del Niño? En definitiva, ¿quién es este Niño? Hoy, la Palabra de Dios nos ayuda a descubrirlo. Jesús, el recién nacido, es la Palabra que existía en el principio, que estaba junto a Dios y era Dios. El rostro del Niño es el de la Sabiduría que echó raíces entre nosotros y habita en medio del pueblo de Dios.

En este domingo se trata, pues, de descubrir el rostro del “Deus absconditus”, “a quien nadie ha visto jamás” (1 Jn 4, 12), que se oculta en sus “escondites”, en los sacramentos. En el rostro de Jesús, sacramento del Padre e imagen del Dios invisible, se muestra el hijo de Dios.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.
Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La sabiduría hace su propia alabanza, encuentra su honor en Dios y se gloria en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca y se gloria ante el Poderoso. «El Creador del universo me dio una orden, el que me había creado estableció mi morada y me dijo: “Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel”. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y nunca más dejaré de existir. Ejercí mi ministerio en la Tienda santa delante de él, y así me establecí en Sión. En la ciudad amada encontré descanso, y en Jerusalén reside mi poder. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad».

Salmo

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20 R/. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

Glorifica al Señor Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R/. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 15-18

Bendito sea el Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo, antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. Por eso, habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que

creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Pautas para la homilía

Releyendo el Evangelio de Juan, se puede destacar:

El Niño Jesús, es la Palabra invisible, que estaba desde el principio junto a Dios, y que era Dios. Al encarnarse, sin dejar de ser Dios, se hace presente y visible en Jesús, el Salvador, con rostro humano. Jesús, en cuanto Palabra del Padre es una versión de la intimidad del Padre hasta el punto de que quien le ve a él ha visto al Padre (cf.: Jn 14, 9) y nadie llega al Padre sino por él Cf.: (Jn 14 6).

La Palabra es Vida; por ella se hizo todo, todo se hizo por ella y para ella. Y ella es la Luz de los hombres; brilla en las tinieblas que la rechazaron, pero a quienes la recibieron, les da el poder de ser hijos de Dios.

Y la Palabra hecha carne y acampó entre nosotros. El Niño Jesús es para siempre el Emmanuel, el “Dios con nosotros”. Su casa es una más en nuestros barrios.

En el rostro del Niño Jesús vislumbramos al Dios, que es vida y luz de los hombres, el creador de todo, porque todo se mantiene en él y es para él.

En una sociedad como la nuestra en la que se acusa a Dios por estar callado y en la que se le culpa de indiferencia en su trato con nosotros, la Navidad es una protesta en contra de esas acusaciones. Lo que ocurre es que –como advierte Juan- “la tiniebla no acogió a la Luz, vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Es preciso que los cristianos que, aunque no somos la luz, seamos testigos de la luz; que aunque no somos la Palabra, seamos como Juan voz que la proclama, aunque sea en el desierto.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.
Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Evangelio para niños

II Domingo de Navidad - 3 de enero de 2016

Prólogo de Juan

Juan 1, 1-18

Evangelio

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad....

Explicación

Por medio de Jesús, Dios no ha hablado de un modo especial, y por eso decimos que Jesús es la mejor Palabra de Dios. Esa palabra se hizo humanidad en el niño nacido de María de Nazaret. Unos le acogieron y otros le rechazaron. Y a cuantos le recibieron les ha descubierto que son hijos amados de Dios y que tienen un Padre estupendo. Quienes rechazaron a Jesús, no lo podrán saber, pero con todo, también ellos son hijos queridos de Dios. Lo cierto es que Dios vino a vivir con nosotros, a través de Jesús. Eso quiere decir que puso su tienda entre nosotros. Se hizo muy cercano. Cada año en la Navidad lo recordamos de modo especial y con alegría hacemos una fiesta grande.